

POR UNA TEORÍA DEL PERÚ

Un resumen del Capítulo II “Por una Teoría del Perú de la obra “Jorge Basadre: Memoria y Destino del Perú”
Textos Esenciales, del autor Ernesto Yépez Del castillo



LA IDEPENDENCIA Y LA PROMESA DE LA VIDA PERUANA

El sentido de la independencia y de la soberanía no surge bruscamente. Dentro de una concepción estática de la historia, el periodo de tiempo comprendido entre 1532 y 1821 se llama la Colonia. Para una concepción dinámica de la historia, dicha época fue de la formación de una sociedad nueva por un proceso de rápida “transculturación”, proceso en el cual aparecieron como factores descollantes la penetración de los elementos occidentales en estos países, la absorción de elementos de origen americano hecha por Occidente, el mestizaje, el criollismo y la definición de una conciencia autonomista.

Los americanos se lanzaron a la osada aventura de la independencia no sólo en nombre de reivindicaciones humanas menudas: obtención de puestos públicos, ruptura del monopolio económico, etc. Hubo en ellos también algo así como una angustia metafísica que se resolvió en la esperanza de que viviendo libres cumplirían su destino colectivo. Esa angustia, que a la vez fue una esperanza, podría ser llamada *la promesa*. Nada más lejos del elemento psicológico llamado *la promesa* que la barata retórica electoral periódica y comúnmente usada. Se trata de algo colocado en un plano distinto de pasajeras banderías. Aun en los primeros momentos de la independencia así quedó evidenciado. Los llamados separatistas o patriotas entraron en discordias intestinas demasiado pronto, antes de ganar esa guerra, aun antes de empezar a ganarla. Se dividieron en monárquicos y republicanos; y los republicanos, a su vez, en conservadores y liberales, en partidarios del presidente vitalicio y del presidente con un periodo corto de gobierno, en federales y unitarios. Y sin embargo, a pesar de todo el fango que con tal motivo mutuamente se lanzaron y a pesar de la sangre con frenesí vertida entonces en contiendas fratricidas, para todos ellos esa victoria en la guerra de la independencia al fin lograda después de catorce años apenas si fue un amanecer, un punto de partida. Bolívar y San Martín, Vidaurre y Luna Pizarro, Monteagudo y Sánchez Carrión, por hondas que fuesen sus divergencias, en eso estuvieron de acuerdo.

Esperanza, promesa que se concretó dentro de un ideal de superación individual y colectiva que debía ser obtenido por el desarrollo integral de cada país, la explotación de sus riquezas, la defensa y acrecentamiento de su población, la creación de un *mínimum* de bienestar para cada ciudadano y de oportunidades adecuadas para ellos. En cada país vino a ser, en resumen, una visión de poderío y de éxito, para cuyo cumplimiento podrían buscarse los medios o vehículos más variados, de acuerdo con el ambiente de cada generación.

En el caso concreto del Perú, sin saberlo, la promesa recogió algunos elementos ya existentes en el pasado, transformándolos. Los incas para sus conquistas inicialmente procuraron hacer ver a las tribus cuya agresión al imperio buscaban, las perspectivas de una vida más ordenada y más próspera. Mas tarde, incorporado el Perú a la cultura occidental, su nombre sonó universalmente como fascinador anuncio de riqueza y de bienestar. También al fundarse la independencia, surgió un anhelo de concierto y comunidad: “Firme y feliz por la Unión”, dijo por eso, el lema impreso en la moneda peruana. Y surgió igualmente en la emancipación un anuncio de riqueza y de bienestar proveniente de las minas simbolizadas por la cornucopia grabada en el escudo nacional y de todas las riquezas que el Perú alberga en los demás reinos de la naturaleza, que el mismo escudo simboliza en la vicuña y en el árbol de la quina. Pero hubo un fermento adicional en la promesa republicana que el *quipu* inca y el pergamino colonial no pudieron ostentar

porque ambos correspondían a un tipo de vida socialmente estratificada: el fermento igualitario, o sea el profundo contenido de reivindicación humana que alienta en el ideal emancipador y que tiene su máxima expresión en el “somos libres” del himno nacional.

Y sin embargo ¡cuán pronto se escucha también en nuestro siglo XIX quejas y protestas, voces de ira y desengaño, recitaciones vacías, loas serviles, alardes mentidos; y se ven, al mismo tiempo encumbramientos injustos, pecados impunes, arbitrariedades cínicas y oportunidades malgastadas!

A pesar de todo, en los mejores, la fuerza formativa e inspiradora de la promesa siguió alentando. Abandonarla implicó el peligro de que otros la recogieran para usarla en su propio beneficio quizás sin entender bien que el destino dinámico de estas patrias para ser adecuadamente cumplido necesita realizarse sin socavar la cohesión nacional y los principios necesarios para el mantenimiento de su estabilidad.

TODO HOMBRE NECESITA TENER UN IDEAL

Como individuo y como conjunto, finalmente, el hombre necesita tener un ideal que perseguir, una esperanza que realizar. Por ese ideal y conforme al que se trazan, se hacen los hombres y los pueblos. Cuando carecen de él se arrastran, como nosotros, perezosos, desatentados, perdidos en el desierto, sin luz en los ojos ni esperanza en el corazón. Crearlo digno y levantado y mantenerlo siempre viviente para los individuos y para el conjunto es suprema necesidad de todo pueblo y misión encomendada a los que lo guían.

EL PAIS ESTATAL, EL PAIS NACIONAL Y EL PAIS HUMANO

Quitarle empirismo al Estado, hacerle dar un rendimiento mayor, mucho mayor de utilidades sociales, estructurar la maquinaria administrativa y jurídica de modo que se libere de las taras burocráticas, de la lentitud en el expedienteo, de la incertidumbre o la miseria para sus servidores, del parasitismo en sus oficinas. Pero, al mismo tiempo, no hacer pesar al Estado como un yugo sobre el país y sobre el hombre peruano, conjugar una armoniosa convivencia entre esos tres factores: ¡el país estatal, el país nacional y el país humano! ¡Incrementar nuestra vitalidad como pueblo, lograr que eleve su nivel económico, intelectual, moral y social!

Recoger y proseguir, de acuerdo con el espíritu de cada momento histórico, lo que pudo haber de idealista, de progresista, de ímpetu de creación en quienes, en este suelo ungido por los siglos, dominaron a la naturaleza, fecundaron la tierra, fundaron hogares, crearon la Patria, dieron acento propio a nuestras cosas, simbolizaron, en suma, una actitud humanista, demócrata, liberal, social y creadora!

¡Ser conscientes de la inmensa tarea que falta por hacer; exigir para el planteamiento y la solución de cada caso, dos cualidades, justicia y eficacia; organizarse en línea de agresión contra todas las inmoralidades de nuestra vida criolla, desde los grandes o pequeños peculados, hasta los gritos radicales o reaccionarios, los desbordes primitivos y la mentira de nuestros convencionalismos! Querer un Perú en buena salud, no sólo por la acción, que debe ser fundamental y primordial sobre sus flagelos biológicos y sociales, sino también por la honestidad cívica.

Eso es comprender y eso es querer cumplir en nuestros días la promesa de la vida peruana.

FUIMOS LO MEJOR DEL NUEVO MUNDO

Al ser comprobadas luego la hermosura y la fecundidad del continente americano, surgió la teoría de que aquí estuvo el Paraíso Terrenal; y en la obra de Antonio de León Pinelo *El Paraíso del Nuevo Mundo*, un mapa exhibe el Arca de Noé acoderada al litoral peruano. El anhelo de vida ultraterrena que en el Perú alcanzara intensidad altísima a través de los santos y ascetas del siglo XVIII trasladó la ilusión paradisiaca a un plano inmortal. Desde los tiempos en que comenzó a estar en boga la idea del “noble salvaje”, en el siglo siguiente, el amoroso enlace

entre el indio y la tierra en la época prehispánica y el manejo estricto del hombre por el Estado inca llegaron a ser vistos con caracteres idealizados al punto de considerarse al imperio por algunos, como un “paraíso destruido”. Fue así como se sucedieron en el Perú hazañas inauditas de geografía y de milicia, ansias de religiosidad trascendente, nostalgia del paraíso bíblico, idealizaciones del pasado histórico local.

PREOCUPARNOS DE LA DISTRIBUCIÓN, DE LA MAYOR PRODUCCIÓN Y DEL MAYOR CONSUMO

Los empiristas se han desgañitado hablando de la necesidad de que el indio sea “redimido”. Les preocupa que el campesino Pedro Mamani, por ejemplo, no tenga piojos, que aprenda a leer y a escribir y que sea garantizado en la posesión de sus ovejitas y su terrenito. Pero al mismo tiempo que la higiene, la salud, el trabajo y la cultura de Pedro Mamani, importa que el territorio en el cual él vive no disminuya sino acreciente su rendimiento dentro del cuadro completo de la producción nacional. Si eso no ocurre, aun cuando goce del pleno dominio de su chacrita y de sus ovejitas y aunque lea toda la colección del “Fondo de Cultura Económica”, Pedro Mamani no tendrá resueltos sus problemas básicos.

En nuestro país no sólo debemos preocuparnos de la distribución; sino también de la mayor producción y del mayor consumo. Nuestro problema no es sólo de reparto; es también de aumento. Que el peruano viva mejor; pero que al mismo tiempo el Perú dé más de sí. Y para elevar y superar el nivel general de vida aquí no hay que actuar exclusivamente sobre el indio descalzo, pues hay quienes no se hallan en esa condición y se mueven dentro de horizontes económicos asaz reducidos. Ninguna de nuestras soluciones nos vendrá, pues, cocida y masticada de otros países, aunque sean hermanos, primos o prójimos. Y, sobre todo, nada se podrá hacer a fondo si al país no le conmueve la conciencia de sí, si no afirma en esta hora feroz su querer existencial nacional. Por eso, la promesa de la vida peruana atañe a la juventud para que la reviva, a los hombres de estudio en sus distintos campos para que la conviertan en plan, a la opinión pública en su sector consciente para que la convierta en propósito.

EL PERU EXISTE COMO TOTALIDAD EN EL ESPACIO Y COMO UNA TOTALIDAD EN EL TIEMPO

Fuimos, desde temprano, una promesa para el mundo, verdad es que no siempre hemos realizado esa promesa de la vida americana y que muchas de nuestras efemérides merecen el duelo y no el festejo. Pero precisamente eso se debe a que, a menudo, nos fascinó el despedazamiento interno o el espejismo de lo extranjero y no escuchamos la voz de nuestro propio, íntegro ser.

Puede todavía no considerarse al Perú como a una nación en el cenit. Pero lo menos que debe tener el Perú es un querer intencional como una consecuencia de este hecho irrefutable: *el Perú existe como una totalidad en el espacio y como una totalidad en el tiempo*. **Totalidad en el espacio**, es decir, armoniosa coexistencia de la “loma” y la puna, del cóndor y del alcatraz, de la quinua y el algarrobo, del mate ayacuchano y el sombrero de Catacaos, de la chicha y el pisco, de la natilla y el picante, de las piedras del Cuzco, la artesanía de Lima y las revoluciones de Tacna heroica en el cautiverio aunque olvidada después de la reincorporación, y Tumbes asechado por la codicia y la envidia.

Totalidad en el tiempo, es decir, un largo acontecer histórico donde lo inca vale sólo en la medida en que sobrevive dentro de la peruanidad y en tanto y en cuanto sirve a la peruanidad; y donde lo hispano vale únicamente si es que se ha adaptado o se ha enraizado en la peruanidad. Nuestra mayor desgracia colectiva es, sin embargo, que a menudo, no nos colocamos en ese plano espiritual. De pavores y espantos y angustias y desgarramientos se ha hecho el milagro de todas las patrias; pero aunque la nuestra puede ser más dulce que cualquiera, no nos avergüenza ser crueles con ella y mientras unos se ponen a soplar estérilmente en los siniestros pututos del encono, en otros reaparece de pronto la ancestral dureza del abuelo corregidor.

GUIARNOS POR TRES LECCIONES DEL AUGE DE LOS INCAS

Con ferocidad, rivales intereses europeos, norteamericanos y asiáticos se disputan nuestros mercados, nuestras materias primas, nuestra dirección espiritual. Frente a este caso, ¿qué rumbo tomaremos los peruanos? ¿Guiarnos por nuestras simpatías ideológicas, por nuestras relaciones personales, o por nuestra vanidad comprada por el mejor postor? Quien debe guiarnos es el amor al Perú, el cuidado de los intereses del Perú, la defensa de las conveniencias del Perú.

Tres lecciones emanan de ese auge arcaico, que los incas no hicieron probablemente sino reiterar. Una de ellas es una lección de unidad, otra es una lección de señorío y la tercera es una lección de eficiencia. La **lección de unidad** alude a la superación de las distancias y de los contrastes, tan invencibles según algunos, entre costa, sierra y montaña.

También hay una **lección de señorío**. Mientras en el resto de este continente la vida civilizada estaba ausente o empezando, sobre el suelo peruano se vivía en el trabajo incesante y metódico, en la prosperidad, en el cuidado de indigentes y desvalidos, en el aprovechamiento cuidadoso de la tierra y de las aguas de regadío, en el desarrollo pleno de las artes que aquellos hombres pudieron conocer, y también en la prepotencia militar.

La **lección de eficiencia** fue el sustentáculo de la lección de señorío. La historia no exhibe pueblos donde ellos están permanentemente separados. Contra los que enarbolan el argumento del clima o del medio para querer explicar flaquezas o claudicaciones, en este suelo se vivió entonces no en laxitud sino en tensión. Vivir en tensión es producir, crear, crecer, vencer. Los monumentos megalíticos, los canales, los andenes, los acueductos, los caminos mismos revelan la gigantesca acumulación de energías humanas para hacer y ejecutar planes de permanente beneficio común. El hombre estuvo no de espaldas a la naturaleza o tratando de maltratarla o de ignorarla, sino tratando de aprovecharla en la medida de lo posible.

REPONERSE DESPUÉS DEL INFORTUNIO

La primacía continental del Perú en la época prehispánica y mantenida durante el virreinato recibió una ratificación épica durante la guerra de la independencia porque ésta necesitó decidirse aquí.

Obsérvese, sin embargo, el reconfortante significado de esa aptitud evidenciada por el Perú para reponerse después del infortunio, su capacidad para resistir y para sobrevivir frente a todas las tendencias disolventes, su predestinación para mantener, a pesar de todo, una personalidad intransferible e inconfundible y para conservar libre hasta ahora un futuro magnífico.

“Es el Perú un pedazo de globo destinado a colosos de trabajo audaz, infatigable, avasallador. Nuestra descartada riqueza está sólo en la seguridad plenísima de conquistarla si lo queremos; pero siendo pobrísimos en caso contrario”.

La silueta del hombre vestido con despojos y retazos en una actitud de espera ante el favor ajeno, o de letargo, olvidando su pasado de grandeza y de gloria, así como las responsabilidades y peligros del presente y el futuro posible de bienestar y de auge, surge nítida, sin embargo, observando a algunos ciudadanos de la patria desmembrada que heredamos. Y precisamente si hay dos tipos de hombres que a nuestro tiempo repugnen, son el mendigo y el que está sentado.

CON SANGRE HEMOS LUCHADO POR NUESTRA LIBERTAD

El Perú no es un ausente en la lucha que se inicia en todo el continente en 1810. Sangre peruana se había derramado por la libertad ya en 1805. Dos posibilidades emergen a favor de este país en aquel momento. La una está representada por Pumacahua. Este indio, cacique y brigadier, encarna el indigenismo que, lejos de erguirse contra la cultura occidental, la procura asimilar; el indigenismo que convive con el mestizaje y con el criollismo. Por eso, Pumacahua es un contraste frente a Túpac Amaru.

A Túpac Amaru en un su famosa rebelión de 1781 le ocurrió lo que a todos los que utilizan los instintos primarios de las masas para insurgir: las masas lo desbordaron. Es, en el fondo, el mismo caso, que el cine ha popularizado, de Frankenstein. El sabio crea un monstruo en su laboratorio y el monstruo, lejos de ser un instrumento dócil, desafía al sabio. Pese a la buena fe, a la sinceridad y a la nobleza de Túpac Amaru, su sublevación fue no sólo contra los españoles sino contra los mestizos y los criollos, un levantamiento del campo contra la ciudad. Detrás de Túpac Amaru, generoso e ilustrado, apareció Túpac Catari, violento y semianalfabeto. Del mismo modo, muchos años más tarde, en 1886, la tragedia de Atusparia, el rebelde de Huaraz ha de desembocar en la misma encrucijada. Y detrás de Atusparia han de seguir también el saqueo, el incendio, el asesinato y la feroz figura de Uchcu Pedro.

Pumacahua, en cambio, indio que había combatido contra Túpac Amaru en 1781, se subleva en 1814 en un gesto que, mediante la acción de los Angulo, no mira hacia el pasado sino al porvenir; no se asoma sobre el imperio de los incas muerto para siempre, sino sobre el naciente Perú. *Pero Pumacahua es vencido. Con él se pierde la posibilidad de un Perú independiente, con directivas indígenas y mestizas.*

La vitalidad secular del país impone un destino de supervivencia y el Perú salva todos los escollos, escapa a todos los peligros y mantiene incólume su intransferible personalidad. En vez de ensayar fáciles gestos de cólera, desprecio o burla ante los hombres y los acontecimientos, más adecuadas resultan la admiración o el júbilo ante la persistencia y el ahondamiento del Perú como idea y como realidad.

IR AL APROVECHAMIENTO MÁXIMO DE LA NATURALEZA

Los incas, que en conquistas prodigiosas llegaron hasta el mar y la selva y abarcaron territorios de siete repúblicas actuales, los conquistadores que en número irrisorio derribaron al imperio, los indios en sus rebeliones tardías en la época hispánica, los exploradores, colonizadores, sabios, artistas y misioneros de todas las épocas y los próceres de la independencia y de la república crearon esa continuidad a pesar de guerras y matanzas, continuidad creada por la unidad de territorio, por el elemento humano en él asentado, por el transcurrir de las generaciones y por los problemas transportados desde el pasado hacia el futuro.

Es una tradición que se pierde en la niebla de los siglos y que a una distancia todavía no desentrañada enciende su antorcha. El peruano aborígen domeñó, a su modo, a la naturaleza y así, desde el punto de vista humano, este país fue en el continente como una cordillera elevada sobre la selva de la barbarie primordial y sobre el desierto inhollado por el hombre.

No, no podemos restaurar a los incas, ni volver al culto del Sol. Pero sí podemos entender la lección tácita que emana de su vivir “en forma”, de su comunión con la naturaleza para ir al aprovechamiento máximo de ella, de la función de previsión social asumida por el Estado para combatir el hambre y el ocio.

TENEMOS HISTORIA PARA NUESTRA AFIRMACIÓN NACIONAL

Los siglos lo han creado y las tremendas tormentas sobre él desencadenadas lo respetaron otorgándole una providencial perdurabilidad. Pero no es en ese regazo donde debíamos quedar dormidos. Convocar a los jóvenes a una afirmación nacional es una de las tantas maneras de cumplir los imperativos de la hora. A una afirmación nacional que busque su alineamiento en el tiempo. Hoy menos que nunca la historia es una colección filatélica de datos o una heráldica para hinchar vanidades familiares o personales.

La consideramos como un orden vivo llamado a influir en un sentido de depuración y de superación. Porque las más profundas resonancias del pasado se enlazan con las necesidades creadoras de la vida, y el desarrollo del espíritu nacional se integra en el entrañado contacto con el pasado dentro de un “conocer” en el sentido que el lenguaje sagrado da a esta palabra.

Para quien sepa escucharlas, las campanas del tiempo suenan no como un toque de queda, ni tampoco modulando la estéril queja del yaraví. Aquí donde recibimos como herencia, al lado de tanto tesoro y de tanta gloria, tanto problema y tanta posibilidad, tanta oportunidad perdida y tanta capacidad mutilada, suenan llamando a rebato, como en los cabildos abiertos de antaño y convocan a recuperar y no ya a malgastar nuestras horas, a aprovechar y no ya a desperdiciar energías, a proseguir y a superar la historia.

Aparte de su superficialidad, inconexión y esquematismo, en lo que respecta a la historia patria falta el estudio de las causas de los hechos, el concepto del desenvolvimiento de la persona nacional, el entusiasmo ante las grandezas del pasado, la meditación ante los errores, el recogimiento ante las catástrofes, la esperanza ante el porvenir, la valoración de los grandes hombres.

Decimos *continuidad* no en el sentido de identidad; tampoco olvidamos choques, guerras, diferencias o realidades propias de cada época. Aludimos a los elementos fundamentales de nuestra formación como país a través de los siglos para mencionar que entre ellos ha habido, si es que han sido elementos realmente formativos de la persona nacional, convivencia, yuxtaposición, interacción o enlace; y para llamar la atención precisamente al hecho de que al fin y al cabo el pasado peruano tan segmentado por algunos es un todo en sí que no agota, sin embargo, el contenido de la idea y de la realidad llamadas *Perú*.

No se trata, por otra parte, de que se multiplique en este país la fauna de los historiadores. Cada cual debe seguir el camino hacia donde lo llamen su vocación, su profesión o el azar. “Serás lo que debes ser o no serás nada”: he aquí un sabio consejo. Pero al lado de la necesaria multiplicidad de actividades, de oficios y de profesiones, necesitamos el denominador común de la afirmación nacional que el historiador busca a través del pasado y que otros pueden buscar de diferentes modos.

¡PLANIFICACIÓN, CORDURA, PREVISIÓN Y CONSTRUCCIÓN!

Aceptando la carga de glorias y de sombras que el pasado aporta, el Perú, si es que quiere redimirse, ha de erigir frente a la Desorientación, la Planificación; frente a la Prodigalidad, la Cordura; frente a la Amargura, la Previsión; frente a la Negación, la Construcción.

Nuestra cultura ha conjugado pues, la gracia y la fuerza, la elegancia y la profundidad, la sonrisa y el apóstrofe, la cortesanía y el éxtasis, el adorno y la norma. Poseemos, aunque sea en estado embrionario o a veces interrumpido, una tradición de país viejo y selecto.

Lo que hemos hecho y lo que podemos hacer se ha enfrentado y ha de enfrentar a múltiples factores de dispersión. El Perú existe como una totalidad en el espacio y como una continuidad en el tiempo, pero existe combativo y sin ensamble. A su totalidad en el espacio pretenden quebrarla la tragedia de las distancias, los exclusivismos regionalistas, y las incitaciones a las luchas de razas.

A su totalidad en el tiempo ansían romperla la superestimación o el menosprecio de sus distintos períodos históricos o de las sucesivas influencias en ellos predominantes, así como las prédicas contra clases, grupos, partidos, sistemas, hombres o generaciones del pasado. Comparable es el Perú a un organismo dotado de espléndidas virtualidades de orden físico y espiritual aunque debilitado por imposición de su propio crecimiento. Lo que lleve a robustecerlo necesita ser bienvenido. Por eso, la más alta jerarquía entre los peruanos corresponde a quienes, sabiéndolo o no, cumplieron una misión tonificante.

Y por eso, también, ingresan en la jerarquía de los afirmativos todos aquellos que representaron dentro del campo de sus especialidades, vocaciones orientadas hacia la tarea creadora, vidas que enriquecieron la vida de su tiempo, almas que irradiaron el bien o irradiaron la belleza. Porque puede ser una forma del heroísmo el solo hecho de no caer en la modorra, en la sensualidad o en

el escepticismo, el solo hecho de absorber las miasmas y venenos de la incomprensión, de la soledad o del arrinconamiento y contener su letal influencia para, en cambio, tenazmente formar, sembrar o construir.

Al lado de estos peruanos afirmativos, está la muchedumbre de los peruanos negativos que se subdividen en múltiples grupos, dentro de los cuales se cuentan, sobre todo, los fugitivos y los desviados.

POR UN “QUERER EXISTENCIAL NACIONAL”

Cuando decimos que el Perú limita con cinco vecinos y que además presenta el flanco de una costa larga y accesible, parece que estamos enunciando una verdad elemental sin mayor trascendencia. Y, sin embargo, meditándola bien, recogiendo las observaciones de la experiencia, de ahí nace un enérgico llamado para la formación de una conciencia de la patria y de una integración nacional. Porque a cada uno de estos cinco vecinos les hemos cedido jirones de territorio y porque la costa larga y accesible, más de una vez sirvió de puerta de entrada a la invasión. No se trata de hacer gesticulaciones de melodrama ni de exhumar rencores pasados o mórbidos recelos. Se trata de afirmar únicamente que necesitamos trabajar para que se difunda el “querer existencial nacional” compuesto de cariño, orgullo, comprensión y fe para el propio país. Tal vez porque él no fue demasiado fuerte, tuvimos horas de desgracia en el pasado.

Y nada nos dice que el porvenir será idílico en el mundo.

Pero el “querer existencial nacional” no será posible mientras arda la guerra civil en el alma de los peruanos. El desprecio o el encono entre región y región, entre raza y raza, entre clase y clase abren cortes horizontales en el alma del país para impedir, consciente o subconscientemente, su integración.

¡SOMOS INTERACCIÓN DE TIERRA, MAR Y FUEGO POR UNA PROFUNDA TRANSFORMACIÓN NACIONAL!

Tres mil años antes de Cristo, o más lejos todavía, mientras el resto de América vegetaba en una vida puramente zoológica o botánica, el indio peruano, antepasado de buena parte de nuestra población actual, encendió aquí la luz de la cultura. . . a pesar de los regionalismos, surgió entonces una síntesis cultural. ¿Cómo afirmar entonces en vista de esta intercomunicación antiquísima, que costeños, serranos y montañeses jamás se han entendido, que se repelen y contraponen inexorablemente?. Una fresca, tónica y hermosa lección de armonía sobre el Perú integral brota de la boca desdentada de las momias y del polvo secular de las ruinas.

En el Perú, si hay algo de roca y de montaña en la época aborígen, el contacto con occidente viene del mar y la independencia surge como fuego de la entraña social: de la interacción de estos elementos –tierra, mar y fuego- nace la imagen primitiva de la patria; y como espíritu animador del símbolo, está el soplo de la peruanidad, numen de la tierra, alma donde se juntan las almas de caciques e incas, conquistadores y libertadores, tribunos y próceres, héroes y sabios. El territorio entonces no es una mera expresión geográfica, sino un crisol de fuerzas cósmicas que obra sobre la raza, dándole un carácter peculiar. La raza no viene a ser una discutible unidad de rasgos fisonómicos, sino la personalidad colectiva del país, avivada por la emoción territorial y por la atmósfera común de la convivencia histórica.

Y no fue el Perú tampoco fría idea embalsamada en el papel impreso o aislado alarde personal. Las multitudes soñaron, se agitaron, se sacrificaron, gozaron y murieron por él tiñendo para siempre con su aliento las fechas decisivas del 28 de julio de 1821, del 2 de mayo de 1866 y de febrero de 1879 a octubre de 1883; y en las grandes rebeliones populares de 1854, de 1865 y de 1895 que conmovieron de un extremo a otro al país, no hubo tan sólo el afán de cambiar un gobierno por otro gobierno sino la esperanza inmensa en una profunda transformación nacional.

UN PAIS NO ES SOLO PUEBLO

Sólo aquello que tiene un futuro posee un pasado fecundo. Por eso, para la patria, que es la totalidad en el espacio y continuidad en el tiempo, comunidad de destino y convivencia en el presente, el ayer vale si sus vibraciones repercuten aquí y si van a prolongarse más allá, lejos del lugar a donde nuestra propia vida perecedera llegue. Historia no es sólo un relato de acontecimientos. Historia es también la búsqueda de lo que resta después del paso de los acontecimientos.

Un país no es sólo pueblo. El pueblo suministra la base telúrica, la unidad histórica, el complejo sociológico, la estructura económica, la materia prima humana que son los cimientos de un país. Ahí no queda, por lo demás, su aporte. Él se manifiesta también mediante un conjunto de urgencias y de aspiraciones quizás confusas, de posibilidades y de necesidades a veces mutiladas, de empresas y de esperanzas siempre latentes.

NECESITAMOS MANDO Y SABER COMANDAR

Pero si ese país quiere desempeñar una función activa en el mundo, necesita algo más que una masa. Necesita mando. En épocas y en ambientes donde primó la tradición, ese mando partió de la aristocracia de sangre. Error profundo, suponer, sin embargo, que sólo esos aristócratas por herencia mandaron. Siempre mandó alguien. En las épocas más revueltas emergieron jefes improvisados, seguramente los que evidenciaron mayor audacia, valentía o decisión.

Comandar no es sólo impartir órdenes. Es preparar, orientar, comprender las situaciones que han surgido y adelantarse a las que van a surgir, unir a la fuerza de la voluntad el sentido de la coordinación, vivir con la conciencia del propio destino común, sentir la fe en lo que puede y debe ser, en aquello por lo cual es urgente vivir, y por lo cual, cuando llegue el momento, es preciso morir.

TRES VISIONES DE LA VIDA NACIONAL : BASES DE UNA VERDADERA ÉLITE

La visión humana se yergue como una réplica frente al exclusivismo de las visiones económica y administrativa de la vida nacional. Cuando esa reivindicación humana surge sola, prescindiendo de las otras dos, se queda como aislada serenata o como perjudicial gritería o como morbosa desorientación. Por su parte, las visiones administrativa y económica solas, sin calor humana, sin fe, cariño o preocupación por la masa, resultan gélidas, incompletas y, a la corta o a la larga, impopulares. Los que unieron las tres actividades y sólo ellos echaron las bases de una verdadera élite nacional.

Recordemos bien, por último, que élite no es lo mismo que oligarquía. Ésta representa un hecho económico social; aquella un fenómeno espiritual. Ser de élite no se hereda: se conquista. No basta sentirse élite: hay que probarlo y hacer que los demás lo comprendan y actúen en consecuencia, a veces sin darse cuenta de ello. Para formar élites no importa de dónde se procede: importa a dónde se va o se quiere ir. No se forma una élite por acumulación de fortunas, camaradería de aula, identidad profesional, coincidencia de edad o costumbre de tertulia; se forma por analogía de sentimientos, actitudes, esperanzas, ensueños y sacrificios.

El problema fundamental en América Latina y en el Perú de nuestros días y del futuro consiste, nada más y nada menos, que en esto: ¿cómo ir acabando con el Estado empírico y cómo ir destruyendo el abismo social; o, por lo menos, cómo colocar vasos comunicantes sólidos y anchos para que sea posible una sana movilidad dentro de una sociedad al servicio de quienes la integran y *no de unos cuantos*?. Todo ello dentro de lo posible, con respeto al principio de la dignidad humana.

LA REGIONALIZACIÓN NO PUEDE IGNORAR EL TODO NACIONAL

Hay que distinguir entre federalismo, descentralización y regionalismo. El federalismo es una fórmula netamente política por medio de la cual un Estado debe subdividirse en pequeños

Estados o cantones, cada uno con su Constitución propia, debiéndose ocupar el poder central tan sólo del interés general, de las relaciones exteriores. Respecto del federalismo, **el regionalismo tiene la diferencia de que no es una fórmula netamente política y que si bien reivindica la autonomía de la región, la considera como parte del todo nacional respetando la autoridad suprema del Estado.**

El regionalismo es una reivindicación integral de los valores que constituyen una comarca. De acuerdo con él y después de estudios y experimentos o inspirados por él, hay que plantear una nueva organización de las divisiones territoriales del Estado, menos artificial, menos intrincada, más vasta, basada en las necesidades de producción y de intercambio de cada comarca; y cabe pensar, en general, en nuevas agrupaciones dentro de la política, la administración y la economía según las necesidades, los intereses también de cada comarca y según el género de trabajo y de vida de la población. **Pero conservando siempre el legado más sagrado que nos deja nuestra Historia: la unidad nacional que por una triunfal predestinación quedó incólume a pesar de todas las convulsiones y de todas las inestabilidades que acecharon nuestra gesta.**

Una región se perfila por su estructura geológica, por sus contornos, por su clima, todo lo cual condiciona el suelo, la vegetación y la fauna.

El hombre viene después a caracterizarla en forma definitiva actuando sobre sus posibilidades económicas y creando su tradición. La distribución de la población, la creación y el desarrollo de las ciudades, la implantación de industrias, el desenvolvimiento de la agricultura, la división política y administrativa, las funciones representativas y gubernativas deben conocer, seguir o respetar la región. **El fomento de las fuentes de recursos regionales es, sobre todo, básico en el regionalismo, no para que cada región se baste a sí misma sino para que cumpla su misión típica en el balance general del país, del continente y del mundo.**

Si el Perú no se presenta entonces como una unidad lo más armónica posible, inclusive para los fines de la solidaridad continental, puede sufrir no sólo desgarramientos sociales sino también nuevas mutilaciones y afrontas vergonzosas. Dentro de estos conceptos, el impulso de progreso material no deber ser tampoco detenido sino, por el contrario, continuado y ahondado.